



PROSPECTIVA. Revista de Trabajo
Social e intervención social

ISSN: 0122-1213

revista.prospectiva@correounivalle.edu.c

o

Universidad del Valle
Colombia

Marín Hernández, Dora Alexandra; Quintero Valencia, Jenifer
Resignificando la imagen y el concepto de la mujer prostituta. Un aporte desde Trabajo
Social

PROSPECTIVA. Revista de Trabajo Social e intervención social, núm. 17, noviembre,
2012, pp. 229-254
Universidad del Valle
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=574261387010>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Resignificando la imagen y el concepto de la mujer prostituta. Un aporte desde Trabajo Social*

“Resignifying the image and concept of prostitute women. A contribution from social work”

Dora Alexandra Marín Hernández**

Jenifer Quintero Valencia***

Resumen

Reconocer la importancia de la figura femenina en un mundo donde la mujer es juzgada y denigrada por el oficio realizado, particularmente como trabajadora sexual, hace parte del proceso de transformaciones sociales por los cuales debe atravesar nuestro contexto, para darle lugar e importancia a la problemática y a ellas como sujetos, procurando deconstruir los sentidos de subordinación, violación de derechos y discriminación frente a la mujer, quien carga toda la responsabilidad alrededor de una actividad compartida como lo es el intercambio entre sexo y dinero.

El presente artículo tiene como fin abordar, a partir de los resultados obtenidos en una investigación sobre prostitución femenina en reservados de la Avenida Sexta de la ciudad de Cali, la importancia de los aportes que desde el trabajo social como disciplina/profesión se hagan en la resignificación del concepto e imagen que se tiene sobre la mujer prostituta. Se retomarán algunos de los análisis de las entrevistas y relatos de vida de los actores partícipes de los reservados, quienes a su vez propician de una u otra forma las dinámicas sexuales que allí confluyen. Así pues, es evidente la necesidad de reflexionar frente a una problemática que tiene implicaciones de tipo económico, religioso, social y cultural, la cual invisibiliza la diversidad de

* La información presentada hace parte de la monografía de grado “Mundos opuestos: entre lo clandestino y lo permitido. Prostitución femenina en reservados de la Avenida Sexta de la ciudad de Cali” (2011), para optar al título de Trabajadora Social, Universidad del Valle.

** Trabajadora Social, Fundación Servicio Juvenil, programa Bosconia, modalidad externado. Correo electrónico: alexandra0724@hotmail.com.

*** Trabajadora Social, Instituto de Protección Infantil, Casita de Belén, modalidad internado. Correo electrónico: jenifer8826@hotmail.com.

Artículo tipo 1: de investigación científica.

Fecha de recibido: 8 de mayo de 2012 **Fecha de aprobado:** 29 de mayo de 2012

facetas por las cuales transita la mujer que ejerce dicho oficio, encasillándola solamente en su labor realizada como trabajadora sexual, totalizando su condición de sujeto a su faceta de trabajadora sexual, e invisibilizando las otras dimensiones y roles en su vida.

Palabras claves: prostitución, mujer, madre, cultura patriarcal, trabajo social.

Abstract

Recognizing the importance of the feminine figure in a world where women are judged and denigrated for their occupation, particularly in the case of sexual workers, makes part of the process of social transformations that our society must go through in order to recognize both the problem itself and women as subjects, and to deconstruct the situation of subordination, rights violation, and discrimination of women, who usually are the ones who carry all the responsibility of a shared activity such as the exchange of sex and money.

Based on the findings of a research project on feminine prostitution in private rooms of the Sixth Avenue of the city of Cali, this article seeks to analyze the importance of the contributions of social work as discipline/profession in resignifying the existing concept and image of prostitute women. This will include examining interviews and life narratives by the actors participating in private rooms, who in some way or another promote the sexual dynamics that takes place in there. It is therefore necessary to think about a problem that has economic, religious, social, and cultural implications, but that hides the numerous factors that affect the women who perform this occupation, categorizing them only from the point of view of their job and considering them as subjects only from their condition of sexual workers, while ignoring other dimensions and roles in their lives.

Keywords: prostitution, women, mother, patriarchal culture, social work.

Sumario: 1. Introducción, 2. Experiencia etnográfica, 3. ¿Por qué hablar de prostitución desde el trabajo social?, 4. Imaginarios de rol: significados y experiencias dentro del mundo de la prostitución, 5. Conclusiones y 6. Referencias bibliográficas.

1. Introducción

El presente artículo es producto del proceso investigativo realizado por las autoras para optar al título de Trabajadoras Sociales en la Universidad del Valle. Dicho estudio pretendió describir las dinámicas de interacción entre los distintos actores que participan en los reservados de la Avenida Sexta de la ciudad de Cali, y explorar la dualidad que viven las mujeres que ejercen la prostitución entre la clandestinidad y la vida social que llevan por fuera de los reservados.

La investigación sobre prostitución en reservados fue una forma de evidenciar las nuevas modalidades de ejercicio del trabajo sexual, identificando al mismo tiempo diversos trazos de la sociedad caleña contemporánea; la monografía se basó en el *paradigma interpretativo*, el cual apunta hacia la comprensión de la vida social y de las acciones humanas, permitiendo reconocer las subjetividades que giran en torno al contexto y a las interacciones existentes en esa dualidad vivida alrededor de la prostitución y por fuera de ésta. Por lo tanto, fue guiada, en primera instancia, por la perspectiva del *interaccionismo simbólico*, que permite interpretar el mundo de la prostitución en reservados por medio de los significados que las mujeres que la ejercen les atribuyen a las situaciones vividas en su cotidianidad; por otro lado, se trabajó desde la *fenomenología*, la cual da lugar a las experiencias observables y sentidas por los actores e implica el reconocimiento tanto de los comportamientos como de las vivencias: los primeros hacen referencia a lo que se puede observar y las segundas a lo que se siente en sí y por sí mismo. Se propuso entonces un diálogo de ambas perspectivas a partir de las dinámicas y la vida social de las mujeres que ejercen la prostitución en reservados, para lo cual se intentó vincular las experiencias y significados de las mujeres prostitutas en su cotidianidad.

En esta medida, es necesario hacer un reconocimiento del concepto que se tiene sobre la prostitución, del cual resultará prácticamente inevitable incurrir en juicios de valor y en adjetivaciones, que en parte no son más que el reflejo de todos los valores y normas impresos en nuestro imaginario, tanto por la familia como por la sociedad en la que crecemos y nos desenvolvemos.

Callejas (1990: 66) formula que la prostitución es entendida como un hecho histórico que implica un acto sexual que requiere un intercambio, el cual conlleva un beneficio de tipo material, que varía de acuerdo al contexto y a la época; se trata de una práctica que se presenta por diferentes causas, tanto sociales y culturales como emocionales. La prostitución, trabajo sexual o “amor comercial”, es entendida en nuestros días como un simple trámite, en el que se suprime la seducción y el galanteo por la superficialidad de un contrato comercial. Pero más allá de sus diversas definiciones y categorizaciones, es también importante señalar la complejidad que en la sociedad occidental contemporánea ha tenido la prostitución como fenómeno social que se desarrolla no solamente en los sectores populares, sino que ha permeado a la sociedad en general.

La prostitución se ha estudiado desde diferentes perspectivas; en la monografía presentada nos enfocamos en una mirada de tipo sociocultural, que se centra en los grupos de mujeres trabajadoras sexuales y en su interacción con el sistema social.

Desde esta instancia, la prostitución ha sido entendida como producto y parte de una cultura (Callejas, 1990: 37). En este caso, el énfasis del análisis radica en el tipo de organización social, en las estructuras de las instituciones, en las calidades y configuraciones de los valores sociales o en las características de la cultura general de la sociedad. La asunción fundamental en este caso es que la prostituta no nace, sino que la configura una cultura y un contexto determinados por la sociedad. La mujer llega a ser prostituta por determinantes de la estructura social en donde nace, crece y vive; la causa y la responsabilidad de la prostitución en este caso radican en la sociedad misma y no en la personalidad femenina. “Las estructuras rígidas, la falta de canales de ascenso social, la ausencia de oportunidades para desarrollar las capacidades personales, las estructuras rigurosas del sistema de valores, la existencia de sanciones muy rigurosas como el ostracismo social, etc., solas o correlativamente presionan sobre la mujer hasta llevarla al prostíbulo” (Sepúlveda, 1997: 52-53).

Existe una profunda discrepancia entre la conducta que la sociedad idealmente espera de una mujer frente al sexo opuesto y la conducta que la prostituta habitualmente observa; en buena parte, la prostitución,

popularmente considerada como una relación sexual “sin amor y por dinero”, representa precisamente lo opuesto a esa relación idealizada entre un hombre y una mujer que desinteresadamente entregan uno a otro su amor y sus favores sexuales (Martínez, 1978: 6).

Elías Sevilla (2003), en su libro *El espejo roto*, en un estudio ubicado en la ciudad de Cali, denomina actualmente la prostitución o el trabajo sexual como *amores comerciales*, para referirse a la condición femenina recibida de esa concepción de mujer sumisa vista desde una estructura de dominación, la cual es confrontada con la idea de mujer transformada en amante, libertina e insumisa, denominada como “mujer otra”, estableciendo de este modo un paralelo entre las “diablas”, “bandidas” y “fufurufas”, frente a la prostituta y trabajadora sexual. En la sociedad actual se concibe a las mujeres que ejercen la prostitución como “las mujeres otras”, quienes se salen de las características socialmente aceptadas y que irrumpen con el modelo capitalista que les ha atribuido a las mujeres la idea de ser subordinadas, dependientes y sometidas.

Asimismo, en el presente trabajo se hace un recuento de la enorme diversificación tipológica de la oferta comercial, que va desde las “mujeres de la calle”, caídas en su estructura física, la prostituta víctima, desamparada, que se ubica en la “calle del pecado” de la ciudad de Cali, hasta las mujeres empresarias, denominadas divas o cortesanas, de corporalidad emergente, que circulan por los sectores más modernos de la ciudad metropolitana, las cuales, desde universidades y centros comerciales, brindan sus recursos eróticos a cambio de dinero, y están abiertas a la experimentación de nuevas técnicas y oportunidades para sus proyectos personales. Al incluir una amplia gama de servicios personales, estas mujeres le imprimen al disfrute erótico del acompañamiento encuentros sexuales y consumo de sustancias psicoactivas, con lo cual se demuestra que el trabajo sexual es comprendido como un negocio que ha tenido transformaciones y ha pasado a convertirse en una amplia y moderna red erótica y sexual con la que cuenta hoy la ciudad de Cali (Sevilla, 2003).

El apelativo clásico de “puta” y “prostituta” ha sido resignificado por el mismo autor por el de comercio de amores con términos como las “diablas”, “bandidas” y “fufurufas”, quienes cubren la galería contemporánea de

figuras femeninas que eran objeto de humillación, juzgadas por el oficio realizado y por los favores prestados. Se explora entonces en qué sentido estos amores están contribuyendo al desarrollo comercial de ciudades de grandes afluencias y diversidad de cultura como lo es Cali (Sevilla, 2003).

La prostitución, catalogada como una de las profesiones más antiguas del mundo, ha sido ejercida a lo largo de la historia con fines de lucro o mediante pago, convirtiéndose en una labor comercial que implica un intercambio entre cuerpo y dinero. Dicha profesión ha sido objeto de estudio en diversas épocas, por lo que se encuentran investigaciones referidas a la historia de la prostitución, la creación de burdeles, las diferentes modalidades que se presentan en este oficio, las características asociadas a su proceso de desarrollo, las dinámicas familiares y personales, y diferentes fenómenos que han ido evolucionando en el ejercicio de la prostitución, como las llamadas “prepago”, el tráfico de mujeres y el trabajo sexual callejero. Todo esto está mediado por el sentido de ser mujer en ciudades donde se vende un prototipo femenino, y donde la exuberancia y la sensualidad son el ideal esperado por una sociedad que manifiesta un sentido capitalista, el cual ha sido otorgado al comercio sexual.

Según las abundantes investigaciones realizadas sobre el tema,¹ se podría decir que la prostitución se encuentra permeada por el tiempo, el espacio, el contexto, la cultura, entre otros elementos que inciden directamente en dicha problemática. Este fenómeno presenta diversidad de causas y modalidades, las cuales se ubican en escenarios definidos como clandestinos, por lo que representa una situación camuflada, prohibida, oculta, que va en contra de lo moralmente establecido, y por tanto no es deseable para el resto de la sociedad. Esta última característica dificulta el acceso y reconocimiento de su zona de ubicación, siendo esto objeto de interés frente a las relaciones que convergen al interior de dichos lugares. Asimismo, este tema es relevante porque la prostitución implica valores, emociones, sentimientos y derechos de la mujer, señalando una posición de la figura femenina frente a la sociedad.

¹ Entre otras, se encuentran investigaciones como las de Callejas (1990), *Más malas son las buenas: etnografía en el sector bajo de la prostitución*; Martínez y Rodríguez (2002), *Placeres, dinero y pecado: historia de la prostitución en Colombia*; Obregón (2002), *Médicos, prostitución y enfermedades venéreas en Colombia*; Salas y Gallo (2001), *El mito de la voluptuosidad en la prostitución femenina*, o Sevilla, (2003), *El espejo roto*.

La investigación mencionada se realizó con el método cualitativo, por medio del cual se indagaron las dinámicas de interacción al interior de los reservados y la vida que llevan las trabajadoras sexuales dentro y fuera de este ejercicio, a partir de los significados y percepciones de ellas mismas frente a sus contextos, pretendiendo descubrir el sentido, las lógicas y las dinámicas que se viven en el mundo de la prostitución. Se eligió este método porque “incorpora lo que los participantes dicen, sus experiencias, actitudes, creencias, pensamientos y reflexiones tal como son expresadas por ellos mismos y no como los describe” (González y Hernández, 2003).

El universo poblacional del estudio fueron todas las mujeres que ejercían la prostitución en reservados de la Avenida Sexta de la ciudad de Cali en el año 2011, teniendo en cuenta que delimitamos nuestra muestra a partir de la heterogeneidad del contexto, pues fue necesario contar con las percepciones, interacciones y significados de las trabajadoras sexuales, los proxenetas y “administradores” de los reservados, y determinar la diversidad de dinámicas que se desarrollan en estos lugares. En este sentido, se llevaron a cabo dos entrevistas y dos relatos de vida con el apoyo de Mario, Juliana, Lorena y Tatiana (nuestros informantes), por lo que nos dimos a la tarea no solamente de entablar el diálogo investigativo con ellos, sino también de observar sus actitudes, formas de relacionarse, comportamientos, medios de comunicación, entre otros elementos que hicieron posible un estudio exhaustivo del comercio sexual.

2. Experiencia etnográfica

El estudio sobre prostitución femenina en reservados de la ciudad de Cali incluyó un conjunto de historias y experiencias que enriquecieron el proceso etnográfico e investigativo, el cual no sólo implicó sumergirnos en el interior de los reservados, sino también en el momento previo al ingreso en ellos. Fue a partir de la etnografía contextual que logramos reconocer las características de estos escenarios denominados *clandestinos*, y a su vez realizamos contactos con diferentes actores que confluyen en la Avenida Sexta, para introducirnos en el mundo de los reservados, conocer sus dinámicas, interpretar los símbolos y significados que se manejan en

ellos y acercarnos a los distintos sujetos presentes en dichos lugares.

Inicialmente nos acercamos a la zona estudiada como un proceso etnográfico, con el fin de reconocer la diversidad de reservados presentes en el lugar; para este acercamiento nos apoyamos en personas cuya ubicación cotidiana en los alrededores les permitiría suministrarnos información. En este proceso de búsqueda nos enfrentamos a miedos y a constantes comentarios de marginación hacia el género femenino, de parte de quienes nosotras denominamos clientes y transeúntes del sector, quienes al identificar alguna mujer en un reservado o en sus alrededores las asediaban con frases vulgares y obscenas. Esto nos permitió evidenciar el lugar que se le da a la mujer en ese contexto: ella es vista como objeto sexual, mas no como un sujeto de valores.

Gracias a una búsqueda continua y rigurosa, logramos acceder a un reservado en el cual fue posible desarrollar nuestra investigación. Dimos a conocer nuestro interés a las personas encargadas del lugar, quienes aceptaron la realización del estudio, dando previo aviso de las dificultades en cuanto a reglas y normas, condicionando el acercamiento a los sujetos involucrados en el trabajo sexual y determinando la importancia de la confidencialidad con la información suministrada.

Al realizar nuestra primera visita al reservado llamado El Paraíso, nos encontrábamos llenas de temores que se agudizaban con las miradas de acoso por parte de los clientes, y de malestar por las trabajadoras sexuales. Igualmente, la constante vigilancia por medio de cámaras nos hacía sentir en determinados momentos sin libertad de expresar nuestro sentir en el lugar.

Poco a poco logramos establecer una relación afectuosa con algunas de las integrantes del reservado, quienes nos apoyaron con sus comentarios y expresiones, nos brindaron su confianza y nos dieron a conocer lo que en realidad significa realizar un oficio como el trabajo sexual, dejando entrever los diferentes roles que asumen en la vida cotidiana y la exclusión de la vida social a la que están expuestas.

En el intento de realizar nuestro trabajo de campo, observamos que no sólo éramos nosotras quienes observábamos, quienes preguntábamos, quienes pretendíamos conocer esas personas que serían nuestras informantes (administradores, meseros, clientes y trabajadoras sexuales).

Ellos también indagaban, también observaban, también sentían curiosidad por saber acerca de aquellas mujeres que estaban en el reservado, pero que no hacían parte del lugar.

Nuestros informantes Lorena, Tatiana, Juliana y Mario respondieron a los interrogantes que se suscitaron dentro del reservado entre quienes se preguntaban acerca de la función que cumplíamos nosotras en el lugar; ellos nos dieron a conocer sus sentimientos, emociones, vivencias y significados frente a esa dualidad entre lo clandestino y lo público sobre la cual estábamos indagando. El ser esposa, hija, mujer y prostituta lo significaron a través de sus experiencias cotidianas, reconociendo una categoría emergente que definía el rol de madres dentro de las diversas facetas transitadas a partir del comercio amoroso.

A continuación presentamos algunas características de las personas que apoyaron nuestro proceso de investigación e hicieron parte de él:

Nombre	Descripción	Apoyo
Mario	Hombre delgado, de aproximadamente 1.65 m de estatura, tez morena, cabello corto, castaño oscuro. Persona conversadora, interesada por la investigación y dispuesta a despejar las inquietudes que se generaron en el proceso.	Mario fue una persona de gran apoyo, quien nos cuidó como mujeres, como personas y como investigadoras; fue quien nos brindó los medios necesarios para obtener todas las herramientas adecuadas para el desarrollo de este estudio; asimismo fue el mediador entre los diferentes actores del reservado con quienes conversamos. De igual forma, nos brindó su amistad, compartiéndonos situaciones de su vida privada, y sus sentimientos y pensamientos frente a la vida.
Tatiana	Nació en Cali. Tiene 20 años de edad, es de piel blanca y cabello castaño claro, rizado y sobre los hombros. Su estatura es de aproximadamente 1.65 m. Es una mujer alegre, conversadora y dispuesta a brindar información.	Estuvo dispuesta a apoyarnos en la investigación sin esperar algo a cambio; nos brindó la posibilidad de conocer de su vida, del amor por su hijo y de sus relaciones amorosas.

Lorena	Nació en Cali. Tiene 26 años de edad, es de piel blanca y cabello negro, largo, a la cintura, su estatura es de aproximadamente 1.60 m. Es una mujer madura; se expresa claramente, por lo que cuenta con una fluidez verbal en el momento de dirigirse a nosotras. Muestra disposición para aclarar dudas e inquietudes frente al relato realizado.	Nos brindó la posibilidad de una entrevista en su último día de trabajo en el reservado. Nos compartió su mirada frente al mundo de la prostitución a partir de su experiencia, sus relaciones con las compañeras y demás trabajadores del lugar. Es una mujer crítica frente a las dinámicas que se dan en el reservado.
Juliana	Nació en Cali. Tiene 24 años de edad, su estatura es de 1.50 m aproximadamente. Se hace llamar La “Chiqui”. Es de piel morena, cabello largo, negro. Es una mujer alegre, reservada en el momento de relatar su historia en el mundo de la prostitución, pero muy conversadora en otros espacios, lo cual no impidió la posibilidad de aclarar los interrogantes que surgieron.	Nos confió sus historias y experiencias, sus sueños y sus miedos, nos ayudó a despejar incógnitas que surgieron en el transcurso de la investigación, nos expresó entre lágrimas aquellos sentimientos que le produce este oficio, posibilitando conocer más allá de la trabajadora sexual y dando cabida a la mujer.

3. ¿Por qué hablar de prostitución desde el trabajo social?

En esta investigación se consideró importante, como elemento de intervención profesional, hacer un aporte a la resignificación de la imagen y el concepto que culturalmente se tiene sobre la trabajadora sexual. En esta medida, se desarrollaron diversos temas dirigidos a reconocer la figura femenina dentro de un contexto patriarcal; de este modo se logró trascender el significado tradicional que ubica a la mujer prostituta dentro de la clandestinidad, y reconocer los demás escenarios por los cuales transita cotidianamente.

La prostitución femenina, como problemática social, refleja una forma de violencia hacia la mujer, en tanto ella no es reconocida como ser social, sino que es utilizada como objeto de deseo y juzgada por el oficio que realiza. Dicha violencia es evidente, pues la figura femenina se desvirtúa

y se acredita de forma comercial, negando su posición humana, de modo que sentimientos, deseos, sueños y aspiraciones quedan invalidados por el hecho de ejercer una labor clandestina y calificada negativamente dentro de nuestra sociedad; también se observa claramente una doble moral dentro de nuestra cultura patriarcal, pues se culpabiliza a la mujer por el oficio realizado, denominándola como aquella a quien la sociedad quiere ocultar, pero al mismo tiempo se exime de toda responsabilidad al hombre, quien en últimas es el que busca y paga por los servicios prestados. Sumado a esto, son evidentes las inequidades existentes entre hombres y mujeres, las cuales se acentúan aún más en estos escenarios; a la trabajadora sexual se le reconoce desde su oficio y no desde su sentido de ser mujer, madre, esposa e hija, pues todas aquellas otras esferas quedan invisibilizadas, resaltando la faceta de mujer prostituta. Así pues, no se da lugar a los sentimientos, sueños y aspiraciones de las mujeres, y se desconocen sus derechos, valores y emociones, por el sólo hecho de ejercer un oficio que históricamente ha sido ocultado, pero al mismo tiempo estigmatizado.

Recordemos que el “trabajo social como profesión de compromiso y responsabilidad con los seres humanos y con la sociedad, inculca el deber de respetar los derechos humanos individuales y colectivos” (Código de ética profesional de los trabajadores sociales en Colombia, Principios, Art. 5). Además, reconoce que

En una sociedad pluriétnica y multicultural como la sociedad colombiana, la comprensión de la diferencia es pilar fundamental en la construcción de la democracia. Todas las personas son iguales en dignidad, merecen igual consideración y respeto, sea cual fuere su raza, edad, condición social, opción sexual y procedencia; esto se expresará en la no discriminación y en el establecimiento de relaciones dialógicas y de equidad (Código de ética profesional de los trabajadores sociales en Colombia, Principios, Art. 6, literal b).

Así pues, para el actuar del trabajo social es importante conocer y dar lugar a la riqueza de los contextos, a las habilidades con las que cuentan los sujetos, lo que implica una articulación entre lo subjetivo y los procesos que a partir de ésta se lleven a cabo, por lo que es necesario construir una modalidad discursiva determinada por el sujeto, por sus propias palabras y

expresiones, por su singularidad, dirigiéndose a la recuperación de vínculos de ese sujeto con otros; es entonces teniendo una mirada que reconozca lo micro como se podrá impactar sobre lo macro.

Cabe resaltar que “toda intervención estará mediada por las dimensiones política, cultural, económica, social y moral” (Carballeda, 2002). En este sentido, la intervención social se inscribe en escenarios particulares, por lo que es de vital importancia debatir ésta desde una mirada sujeto-sujeto, y tener en cuenta que los actores con los cuales se llevará a cabo un proceso de transformación están expuestos a cambios culturales, a contextos específicos y a la reconstrucción de nuevos lazos de edificación de las relaciones sociales, lo que involucra nuevas formas de construcción de identidad en los procesos de intervención social. Así pues, se le da lugar a la intervención en la medida en que se propone como algo que no solamente transforma, sino que además refleja las falencias existentes en determinado contexto. En este sentido, la intervención implica la formación de estrategias para recuperar aquello que se ha ido fragmentando, aquello que ha pasado como desapercibido en la dinámica social. La intervención se reconoce como un espacio de diálogo, de construcción entre sus diferentes implicados, un espacio donde se generan acuerdos y desacuerdos, donde se recupera la visibilidad sobre aquello que se ha perdido; es allí donde radica el sentido de la intervención, resaltando esas singularidades, esa historicidad de las situaciones, los contextos y los sujetos que allí convergen, y buscando mecanismos de articulación entre éstos y entre su pasado y su presente. De acuerdo con esto, el sentido de la intervención consistiría en poder repensarla a partir de la realidad particular y compleja, como proceso que debe estar en constantes reflexiones entre los diferentes campos y saberes, que construya interrogantes para aquello que puede ser transformado, pero que a su vez está condicionado por lo simbólico y los significados –lo que nos lleva a realizar una construcción con ese “otro”, una comprensión, y un acercamiento a esas lógicas relacionales que se dan en los nuevos escenarios de la intervención en lo social.

Se puede entender esta mirada del sentido de la intervención partiendo de los actores implicados directamente en el proceso, de un acercamiento a su realidad (escuchando sus voces en una construcción conjunta del problema), de espacios microsociales como la familia, los amigos, el trabajo

y todo aquello que rodea a estos sujetos como una imagen reconstruida de la sociedad que presenta efectos e influencias de la misma. En dicha imagen convergen gran cantidad de problemas sociales que afectan directamente la vida de los individuos, en un espacio que, en tanto escenario, ofrece posibilidades de cambio, pero sin desarticularlo del contexto macro en el que se encuentran, como es la sociedad actual.

En esta medida, la importancia de ubicar la intervención en un contexto tan complejo como la prostitución radica en atender a las experiencias expresadas por mujeres trabajadoras sexuales, que de esta manera hacen un aporte a la resignificación de todo lo que envuelve su mundo, y visibilizan elementos cotidianos, situaciones, contextos y escenarios que contribuyen a la construcción histórica por medio de la información y la narración de hechos que ocurren en vidas. Se presta entonces atención a las experiencias de la vida cotidiana, a la interacción con la sociedad, lo cual posibilita pertenecer a un mundo o a una realidad social, en donde la comunicación establecida por medio del lenguaje permite la relación social, así como el conocimiento de las ideas y pensamientos, determinando signos y significados a partir de las interacciones dentro de un contexto, que posibilita la expresión de dichas experiencias (Contecha, 2004).

En este sentido, la experiencia se encuentra determinada por lo público y lo privado, por lo exterior y lo interior, por lo significativo y lo intrascendente, demostrando la dualidad que existe entre la vida estética y la vida ética (Marc, 1992: 63), la cual es estipulada por los sentidos que los actores le atribuyen. En este orden de ideas, se podría decir que los actores le otorgan sentido particular a lo que hacen y a lo que viven, significando así concepciones, percepciones y sentimientos que se desarrollan en la cotidianidad de los lugares que habitan y alrededor de su problemática, lo cual implica reconocer las palabras claves y los símbolos que se utilizan en estos contextos para facilitar la comunicación, entendiéndose por medio de mensajes, tanto verbales como no verbales, y comprendiendo a través de estos mecanismos la realidad vivida, en este caso, por las trabajadoras sexuales, pues la esencia de lo subjetivo está en la capacidad de significar aquello que se está viviendo. A través de la experiencia se viven situaciones del día a día, expresadas en sentimientos como tristeza, alegría, rabia o

impotencia, los cuales confluyen constantemente dentro del mundo de la prostitución, aún más en un contexto clandestino, lo cual representa una situación camuflada, prohibida, oculta, que va en contra de lo moralmente establecido y que no es deseable para el resto de la sociedad.

Al hablar sobre prostitución, nos ubicamos en ese mundo clandestino que representa el reservado, en las dinámicas que allí se viven entre los diferentes actores que hacen parte de ese contexto, pues éstos son lugares llenos de historias diversas, de vivencias entre hombres y mujeres, de significados, símbolos y experiencias que entretejen las dinámicas propias de un mundo considerado oculto.

4. Imaginarios de rol: significados y experiencias dentro del mundo de la prostitución

La clandestinidad se presenta no sólo por el oficio realizado, sino también por todo aquello que propicia la cotidianidad del trabajo sexual, pues si bien existen unos conceptos frente a la prostitución, que menoscaban la integridad femenina, también hay factores que posibilitan dicha clandestinidad, como los tratos y acuerdos pactados a través de las redes sociales, “definidas estas como aquellas formas de interacción social, como un intercambio dinámico en contextos de complejidad, las cuales se organizan para potenciar sus recursos” (Freire, en Michfer, 2008). Esto permite señalar que los medios de seguridad y control (como la policía, la alcaldía y la gobernación) son precisamente los que permiten e influyen en las actividades propias del comercio de la prostitución.

De lunes a miércoles abrimos a las 5:00 p.m. y salimos a la 1:00 a.m., máximo 2:00 a.m.; ya lo que es de jueves a sábado si abrimos a las 5:00 p.m. pero estamos hasta las 3:00, 4:00 de la mañana. Lo que pasa es que a estos sitios les quitaron una hora, así sea fin de semana tienen que estar hasta la 1:00 a.m., pero pues a veces de pronto se hace alguna excepción, o se habla con la alcaldía o con la policía, pero no es permitido, hay otros que cierran la puerta y siguen trabajando bajo cuerda, entonces eso ya es algo como muy delicado, pero pues eso se maneja con el CAI de la zona o con la alcaldía: “vea, les vamos a pagar tanto” (Mario).

Los reservados se perciben desde lo clandestino, en donde el juego entre la noche y el ambiente de la Avenida Sexta de Cali posibilita las dinámicas desarrolladas dentro de este contexto, que propicia la sensualidad y sexualidad desde el intercambio de dinero y placer. Constituyen además un mundo que cuenta experiencias, un lugar donde se significan vivencias, donde se da cabida a sentimientos de deseo, pero también de desconsuelo frente a los servicios prestados; son lugares que reconocen las transacciones realizadas y fundamentan un estilo de vida manifestándose desde un microcontexto.

En esta medida, los reservados cuentan con normas, reglas,² horarios y formas de vestir, detentando un funcionamiento que se encuentra enmarcado por elementos asociados con la belleza del sexo femenino y la atención que merece el masculino. En estos lugares se significan las acciones realizadas; las tarifas van desde la venta del cuerpo según el tiempo requerido, hasta la realización de un show por la compra de licor, determinando el sentido que se le da a la figura femenina, en tanto su cuerpo es equivalente al presupuesto asignado para el consumo de bebidas alcohólicas. Son lugares donde es frecuente el consumo de sustancias psicoactivas; las mujeres las utilizan como un medio de distracción, pues crea un estado de agudeza psicológica y altera la percepción de la realidad.

Los reservados son, por tanto, contextos que posibilitan el desarrollo del trabajo sexual como un medio laboral en una sociedad que brinda pocas posibilidades; son lugares clandestinos que regulan unos patrones de belleza femenina y unas lógicas de organización en cuanto a tarifas, servicios prestados y jerarquías entre cliente, prostituta y dueño.

² Reglas: “Deben tener certificado de VIH, que estén bien totalmente de salud; lo regular es el examen de sangre, lo normal, que no sea fea, que se arregle, aquí se exigen tacones, no puede trabajar con sandalias ni nada, tacones, vestido, puede ser con jean, pero que sea con tacones, que sea bonita, simpática. Las niñas tienen que cumplir un horario, de 5:00 p.m. hasta el cierre, tienen que venir bien vestidas, con tacones, el día que no vengan tienen que llamar, una excusa porque mi hijo se enfermó, o me enfermó o tengo algo, deben de tratar bien a los clientes, con respeto, pueden fiar si se han cuadrado, si no se han cuadrado no pueden fiar porque con qué van a pagar y aquí la administradora tiene que dejar todo al día; para nosotros (los meseros) pues no tener mucha confianza con ellas porque eso pues igual influye mucho en el respeto, no salir con ellas, no acostarnos con ellas, por políticas de la empresa y por cuestiones personales” (Mario). “No acostarse en los sofás, no consumir drogas dentro del establecimiento, ni cigarrillo, cambiarse el nombre, no enamorarse del cliente, no dar números telefónicos, no dejarse emborrachar del cliente, no recibirle tanta cosa al cliente, estar pendiente de lo que el cliente a uno le vaya a dar” (Tatiana).

El show lo dan por una caneca, botella. La caneca de ron o de aguardiente vale 55.000, la botella de aguardiente vale 75.000, la botella de ron vale 80.000, entonces yo le digo así al cliente: “por cada uno de estos productos que usted compre tiene derecho a una niña arriba, 20 minutos de sexo gratis o tiene un show que dura 8 minutos para todos los que estén en la mesa, gratis también, o para todos, o son los 20 minutos uno solo arriba con la niña” [...] Para los tiempos aparte, que el cliente llega y dice es que no quiero tomar, quiero solamente tener sexo, 20 minutos valen 35.000, ahí se les da una toalla, un preservativo y un jabón, media hora valen 45.000, se les da una toalla, un jabón y un preservativo, y la hora vale 65.000 y se les dan dos toallas, dos preservativos y dos jabones. Por los 20 minutos se les da una fichita que dice 20 minutos, por la media hora una fichita que es de media hora, y por la hora una fichita que es de la hora, una carita feliz, para poder que arriba la señora sepa, la de 20 minutos es un corazoncito sapote, la de media hora también sapote, lleva 30 minutos, y la de una hora es azul y una carita feliz. Por los 20 minutos, como dicen vulgarmente, tiene derecho a un polvo, a una sola eyaculación y la media hora también, que media hora y de pronto yo me vine a los 10 minutos, ya, murió, perdió los otros 10. Una hora sí tiene derecho a dos. (Mario).

Esto da cuenta de un mundo clandestino que “es considerado como aquel que asume conscientemente todas las consecuencias de esta situación, pues no busca el perfeccionamiento de un modelo social, económico, político, cultural, que de hecho se niega a reconocerle, sino el alumbramiento de un nuevo modelo donde él tenga su propio y legítimo puesto” (Ríos, 1988: 2). Dentro de la prostitución, ese mundo oculto que es juzgado por quienes aparentemente no hacen parte de él, se vive de forma consciente por aquellos que participan en el mismo; allí, el cuerpo, los actos y las decisiones de la trabajadora sexual tienen una tarifa, y la contraparte, que es quien paga, complementa lo que principalmente dinamiza la prostitución. Pero si bien cliente y prostituta son quienes realizan ese intercambio entre dinero y placer, al interior de los reservados se ubican actores que posibilitan el funcionamiento del mismo (meseros, administradores y dueños); ellos son quienes facilitan las acciones realizadas, determinando de esta forma una relación de poderes entre los actores que allí convergen.

Para Hobbes, el poder de un hombre consiste en los medios de que dispone actualmente para obtener ciertos bienes futuros; tener poder es tener los medios para alcanzar las cosas que se juzgan deseables. En la teoría hobessiana, se concibe entonces al ser humano como un innato portador de deseos y necesidades, y siguiendo con este razonamiento, el poder sería materializado en dicho sujeto a través de los medios disponibles con que cuenta para hacer prevalecer sus intereses y así satisfacer sus propias necesidades (*Taciturno* [Jorge], 2008: 2).

Dentro del reservado, cada sujeto asume diferentes posturas; allí se observan actitudes de subordinación de la mujer, quien vende su cuerpo según las disposiciones del hombre. Así lo expresa Coria (1988: 16):

Las ideas predominantes de la ideología patriarcal giran alrededor de la suposición básica de la inferioridad de la mujer y la superioridad del varón. Ésta lleva a plantear las diferencias entre los sexos como diferencia jerárquica. En esta jerarquía los varones se instalan en el nivel superior y desde allí detentan el poder, ejercen el control y perpetúan un orden que contribuye a consolidar la opresión de las mujeres.

De este modo, a la figura masculina se le atribuye un estatus de superioridad dentro de este contexto, en donde sus necesidades y deseos serán atendidos, vulnerando la posición femenina en cuanto a sus derechos y posibilidades sociales, pues dicha relación no se sitúa solamente en el intercambio sexual, sino también en el trato preliminar a dicho acto, en el cual son juzgadas y calificadas negativamente por el ejercicio realizado, desvirtuando los otros roles que desempeñan en su cotidianidad.

Algunas veces, más de un cliente llega a allá y a uno le gusta más de uno, llega: “yo te quiero sacar de esta vida, yo te voy a dar todo”: a lo último siempre uno para ellos termina siendo la mujer que conocieron en el prostíbulo (Tatiana).

Nos encontramos en una sociedad patriarcal, en la cual el hombre tiene mayores posibilidades que la mujer. Históricamente el sexo femenino ha disfrutado de menores oportunidades laborales que los hombres y cuenta con mayores barreras, relacionadas con lo que culturalmente se espera de la condición femenina, además de soportar inequidades en cuanto a los

ingresos obtenidos. Esto determina un poderío patriarcal de los hombres sobre las mujeres, que no se expresa solamente en el contexto de la prostitución, sino también en nuestro medio cotidiano; pero el intercambio sexual entre placer y dinero evidencia no solamente un ejercicio de subordinación entre ambos géneros, sino también una vulneración de derechos que perpetúa las inequidades por las cuales atraviesa la figura femenina dentro de un mundo dominado desde lo masculino. Los varones han sido considerados históricamente como proveedores, sus deseos sexuales han estado justificados al incursionar a la prostitución como clientes, y se les ha restado responsabilidad en un contexto que se recrea en conjunto, entre el que ofrece y el que compra. Pues bien, “en el lenguaje se omite este hombre que da dinero y al no tener una palabra para él queda a salvo su buen nombre y honor” (Coria, 1988: 29).

Eso sentir que un hombre que a uno no le guste lo mire o tenga sexo con él es maluco, y entonces ellos a veces se aburren porque como uno mira eso como un trabajo, “bueno quítese la ropa y póngase condones”, entonces ellos a veces: “¡ah!, pero es que ustedes no son cariñosas con uno, no, ustedes no son de brindar amor”, y entonces yo una vez le dije al viejo: “no, pues si quiere amor consígase una novia” (Tatiana).

Pero si bien existen actitudes de superioridad del hombre, también la figura femenina ejerce poderío en dichos contextos, pues es ella quien cuenta con la capacidad de procurar placer, quien detenta unas características físicas agradables para la venta de su cuerpo, y quien toman control ante los deseos masculinos, todo ello como parte de una transacción comercial entre dinero y satisfacción sexual. Así pues, “El dinero ha estado siempre asociado con el ámbito público, y ha estado de forma casi exclusiva en manos de hombres. La prostitución es una manera de comprar y vender un servicio personal que previamente ha sido cosificado y transformado en objeto, factible de ser entregado y adquirido a cambio de dinero” (Coria, 1988: 28).

Las relaciones con los clientes se crean, pues ellos vienen, uno sube con ellos, y pues yo creo que les queda gustando, y le piden el número a uno. Uno se los da y lo invitan a salir, pero uno les cobra, no, al principio uno les cobra y ellos hágale y le pagan a uno y ya uno va saliendo con ellos,

ya de ahí va saliendo como un sentimiento, no, y entonces ya otra vez lo llaman y así, y ya va saliendo el sentimiento (Juliana).

En esta medida, se procura reconocer esa diversidad de poderes que se desenvuelven en el reservado, en el cual las formas de verse, percibirse y significarse hacen posible la generación de un estatus en este microcontexto, diferenciando el rol que cumple cada actor en el mismo y que hace posible la formación de relaciones en una dinámica cotidiana dentro del trabajo sexual. Esta diversidad de poderes transitan entre los elementos económicos y sexuales con los que cada actor cuenta, pues las relaciones que aquí se crean tienen una fuerte dependencia entre estos dos aspectos: por un lado, el dinero ha sido tradicionalmente instrumento de dominación sobre aquellos que no lo poseen, confiriendo superioridad a los diferentes actores que cuentan con este medio, lo cual determina una relación asimétrica entre hombres y mujeres; por otro lado, se evidencia un poder sexual, que está directamente relacionado con la satisfacción del otro, pues el cuerpo se percibe como medio para otorgar placer y, por ende, como mecanismo de empleo.

De este modo, se observa que las relaciones entre hombres y mujeres se encuentran atravesadas por la capacidad de poder que cada uno ejerce sobre el otro. El cuerpo femenino es portador de unos atributos físicos que la trabajadora sexual utiliza como medio de empleo; su figura voluptuosa y disponible para el disfrute del hombre es la herramienta con la que ella cuenta para obtener el beneficio propuesto; por otro lado, el hombre es el portador económico, es quien elige a la mujer que desea y quien paga por el servicio prestado. De estas acciones se derivan poderes de tipo laboral, económico y sexual, determinados por la capacidad de cada actor de negociar y ejercer su nivel de estatus entre los diferentes actores que participan en el negocio de la prostitución.

Se reconocen, por tanto, unas relaciones dinámicas que posibilitan el funcionamiento de los reservados, lugares donde se significan las acciones y decisiones que cada actor toma respecto al desarrollo del trabajo sexual, pues mujeres y hombres perciben éstas de forma diferente, pero realizan negociaciones en contribución de ambos. Se encuentra, igualmente, una postura que se encarga de discriminar a todo aquel que se involucre en

estas dinámicas, especialmente a las mujeres que ejercen labores de prostitución, debido al imaginario de mujer-madre y prostituta existente en la sociedad patriarcal en la que nos encontramos inmersos. Desde aquí, se evidencia una ruptura entre lo clandestino y lo permitido, campos en los cuales se transita constantemente dentro de los amores comerciales. Hombres y mujeres señalan que ellas son reconocidas por las labores sexuales prestadas: el hombre, que busca la satisfacción de sus necesidades por medio del dinero y un cuerpo prestado, reconoce unas facultades eróticas en la mujer que da placer, en la trabajadora sexual que compra momentáneamente, pero desconoce e imposibilita la idea de respeto por una mujer que no solamente ejerce la prostitución, sino que además, por fuera de ese mundo, tiene actividades y actitudes de madre, esposa, hija, amiga y amante.

Históricamente, la mujer ha cargado con la responsabilidad moral y educativa de proteger, criar y formar a los hijos y con los cuidados del hogar, como modelo tradicional en nuestra cultura; se le exige ser “buena madre” y dedicar la vida en función de esto; su trabajo ha sido relacionado con las tareas domésticas: “mujer, feminidad y maternidad aparecían como vocablos de muchas maneras intercambiables. Si se era mujer, era para ser madre, y si se quería definir lo femenino por excelencia, éste se hacía equivalente a maternidad” (Tenorio, 2002). Por su parte, a la trabajadora sexual se le ha invisibilizado en el ejercicio de su rol de madre; ella ha sido concebida como aquella que es pública o mundana, desmeritando la capacidad de desarrollar sus roles según lo estipulado por la sociedad. Esta mirada es coherente con dichos modelos culturales, que nos han formado y que son producto del mundo en el que nos hemos educado.

Yo quiero ver a mi hijo con tales zapatillas; se las compro así sea pequeñas y por caras que eso me vale, muchas veces yo no me visto por darle a él. Yo tengo un primo, que él tiene dieciocho años, es mi primo hermano, él también fue solo, la mamá lo dejó, el papá también lo dejó, mi papá lo cogió y lo crio, él me decía, muchas veces él decía: “¡ay!, no, es que estoy estudiando y necesito tal cosa, en cambio sí, yo me he cohibido de comprarme las cosas para mí para dárselas a mi hijo, para dárselas a él (Tatiana).

Ahora bien, estas concepciones están relacionadas con los estereotipos y prejuicios con los que se cuestiona la sociedad, los cuales son adquiridos a partir de la cultura adoptada. Así pues, se entiende por estereotipo “al conjunto de ideas que una sociedad obtiene a partir de las normas o patrones culturales previamente establecidos. La acción de estereotipar es fijar de manera permanente y de identificar lo estereotipado como el seguimiento de un modelo preestablecido, conocido y formalizado que se adapta de una manera fija” (Suárez, 2007: 6). Diríamos que los estereotipos son la realidad objetiva de cada sujeto sobre las personas y las situaciones, presentada de forma afirmativa, lo que, en nuestro caso, impone una diferenciación de rangos entre mujeres que comercian su cuerpo, y la idea entre madre e hija.

Suárez hace referencia al estereotipo femenino, resaltando las cualidades que debería tener toda mujer en la sociedad: “el cual lo constituye la mujer siempre buena, pasiva, obediente, servil, tierna, maternal, ama de casa, amable, comprensiva, discreta, delicada, dependiente y sin iniciativa, administradora de parte del dinero del hombre en el ámbito del hogar, temerosa, atractiva físicamente, siempre joven, y con apoyo incondicional para el hombre. También con la afectividad, dependencia y preocupación por los demás” (p. 6). Por eso la mujer que ejerce la prostitución es señalada constantemente, pues “no cumple” con estas características; no se puede ser tierna, buena y sumisa y a la vez realizar labores sexuales donde se es mala, insensible, rebelde e independiente, ya que esta situación se saldría de lo ya establecido y no se podría encasillar dentro del modelo cultural determinado.

En cuanto a los prejuicios, se presenta una característica que los relaciona con los estereotipos, pues los primeros se basan en los segundos, y suelen ser opiniones frente a personas o grupos sociales diferentes a aquellos a los que pertenecemos. El prejuicio se define como “un proceso simplista de categorización de la realidad, mediante el cual la inmensa variedad de ésta es reducida o asimilada a unas cuantas categorías perceptivas, conceptuales y lingüísticas que facilitan su comprensión” (Pinillos: 1982: 6). Es aquí donde se funda el olvidar que las mujeres prostitutas pueden también ser madres, pues por medio de los prejuicios se les juzga sin tener conocimiento sobre sus vidas, se les niegan posibilidades y se asume una

posición en contra de ellas; este punto de vista invisibiliza a la mujer en sus diferentes facetas y roles, y no le permite desarrollarlos libremente, haciendo necesario que ella se mueva entre la vida pública y la vida privada para evitar las discriminaciones que el ejercicio de la prostitución trae consigo. Se vive, por tanto, entre la dualidad clandestina y la realidad permitida. La mujer oculta el mundo del reservado para no ser juzgada por aquella sociedad que determina unos patrones de comportamiento de acuerdo a los imaginarios y conceptos que se tienen frente a la feminidad, a la posición de ser mujer y a la capacidad de ejercer como madre, conceptos que impiden que dichos roles sean ejercidos desde la labor de prostituta.

En la mayoría de las entrevistas realizadas dentro de la investigación mencionada, las mujeres que ejercen la prostitución son madres y han tenido que ser víctimas de discriminaciones que no les permiten desarrollar su vida social; para evitar juicios, prefieren aislarse de las relaciones sociales (tanto amorosas como amistosas), y por el hecho de tener que separar estos mundos como diferentes y opuestos disminuyen el mayor número posible de relaciones sociales que puedan señalarlas y discriminarlas; esto genera deterioro de la vida social de la mujer prostituta, cuyas relaciones se reducen a aquellas que pueda crear laboralmente.

Dentro de la prostitución se reconocen, por tanto, unas relaciones familiares que dan lugar a dos aspectos importantes: la idea y el concepto de ser madre e hija. Y esto se presenta en dos direcciones: por un lado, el ser madre no sólo se sustenta desde el ejercicio de su rol, sino también de esas relaciones creadas con sus progenitoras, las cuales, por un lado, impulsan e inducen el ejercicio de la prostitución como medio de ganar dinero en corto tiempo, y, por otro lado, aquella figura de madre tradicional que asume el trabajo sexual como medio denigrante de cubrir sus necesidades económicas. Otra cara de la moneda muestra la postura de la trabajadora sexual frente a sus hijos, especialmente aquellos del sexo femenino: reconocen sus temores ante la posibilidad de que ellas realicen el mismo tipo de labor, y se avergüenzan ante la perspectiva de ser juzgadas y acusadas por quienes, en sus palabras, son la razón de ejercer este oficio, delimitando constantemente ambos mundos, aunque siempre uno va a estar inmerso en el otro, en la medida en que la vida familiar se

beneficia económicamente del trabajo realizado, y al mismo tiempo éste se da debido a las necesidades presentadas a partir de ese mundo social.

Mi mamá trabajaba en esto, me di cuenta a medida que yo fui creciendo. Mi mamá no era una santa paloma, entonces ya uno... ella tiene cinco hijos, entonces todos no son del mismo papá, pues los dos primeros son de uno, yo soy de otro, así, ella es una mujer muy bonita yo me di cuenta de que fue muy bonita, ummm, si les sacaba mucha plata a los hombres, les sacaba mucha plata a los hombres pero entonces ella no aprovechó eso, mi pensar es con esta plata montarme un negocio y terminar de estudiar y darle a mi hijo, pero ella, o sea, ella también les sacaba la plata, nos mandaba a los hijos, pero a ella le gustaba mucho rumbiar y ella no aprovechó, no supo pensar, no supo como decir “me voy a montar un negocio por muy pequeño que sea y voy a horrar para una casa”, no, y pues le llegó la vejez porque uno no dura todo el tiempo joven, y así entonces ella hay veces dice: “no, si yo estuviera joven como usted, ¡jumjum!, porque para qué, pero le han sacado (Tatiana).

La relación con mi hija es muy buena, pero ella está en la edad pues rebelde, y ahora que yo de pronto no estoy con ella mucho tiempo, de pronto se me ha salido un poquito de las manos, es duro, es muy duro, pero pues yo hablo mucho con ella, yo me siento, nosotras somos dos amigas, y yo me siento y la aconsejo, y por lo menos mi hija es muy inteligente, ella por lo menos sabe todas las drogas, porque los niños de ahora, ellos saben mucho, ella sabe qué es una prostituta, qué es una mujer prepago, porque como la televisión enseña mucho, ella sabe mucho, yo a veces me siento con ella y yo le digo: “por lo menos si a ti te dijeran algo malo de mi usted qué pensaría”, y ella me dice: “yo no la juzgaría, porque yo sé que todo lo que usted haga lo va a hacer por mí, y ella me dice “yo sería la menos indicada para juzgarla”, ella me dice “a mí lo único que me importa es cómo es usted conmigo”, y yo soy muy buena madre, yo me he olvidado de mi propia vida por estar con mi hija y sacarla adelante a ella, entonces para qué, en ese sentido con mi hija no tengo problema (Lorena).

En esta medida, se reconoce a la trabajadora sexual desde su rol de mujer, madre, esposa, amiga, pero también a partir del oficio que realiza; se trata de mundos por los cuales transita constantemente y no son opuestos entre sí, posibilitando unas realidades y experiencias que se entretejen entre lo clandestino y lo permitido.

Recordemos que “la profesión de trabajo social requiere una sólida formación ética, epistemológica, política, teórica, investigativa y metodológica, para explicar y comprender científicamente la dinámica social, con el fin de implementar y gestionar políticas y promover procesos de participación y organización de la sociedad civil en la construcción y consolidación de la democracia” (Código de ética profesional de los Trabajadores Sociales en Colombia, Disposiciones Generales, Art. 1, literal b); además, que los trabajadores sociales “respetarán y harán respetar las disposiciones jurídicas que garanticen y promuevan el ejercicio de los derechos humanos individuales y colectivos, la práctica del respeto a la diferencia y la diversidad etnocultural [...] y el establecimiento de una respetuosa relación entre los seres humanos y su entorno natural” (Código de ética profesional de los Trabajadores Sociales en Colombia, Disposiciones Generales, Art. 1, literal c). Así pues, es necesario que desde el trabajo social se busque resignificar la imagen y el concepto de la mujer prostituta, pues desde la construcción de significado, desde la transformación de la concepción y el pensamiento sobre la trabajadora sexual, se está aportando en la construcción de conciencia respecto al imaginario alrededor de la mujer que tiene como oficio la prostitución, pero que sin embargo no deja de lado sus otras facetas dentro de la esfera social. En esta medida, dicha intervención se orienta hacia la reconstrucción de lo que se entiende por madre, mujer y prostituta, en un contexto donde lo privado y lo público determinarían su actuar al interior de la sociedad.

5. Conclusiones

Reconocer la prostitución como medio laboral implica unas posturas de dominación entre hombres y mujeres, a las cuales no se les reconoce desde lo que significa ser mujer, madre, esposa, amiga e hija, sino que se les atribuye una presupuesto económico, vulnerando sus derechos como seres sociales que deben responder a características determinadas por la sociedad patriarcal, que delimita a la figura femenina en espacios donde la libertad sexual queda reducida a la idea de prostitución. En esta medida, desde la profesión de trabajo social es necesario reconocer

contextos problemáticos como los reservados, con el fin de dar lugar a los significados y experiencias de estas mujeres, y a través de sus voces hacer un acercamiento a su realidad. La intervención no se centrará en realizar procesos de orientación individual o grupal con los actores que participan en estos escenarios, sino que tendrá sentido en la medida en que permita conocer y reflejar las dinámicas de interacción tanto en lo privado como en lo público.

Así pues, se reconocen las particularidades y generalidades que se presentan en el reservado, se reflejan unas falencias en la sociedad que oculta la realidad vivida, pero al mismo tiempo se juzga el oficio realizado por la mujer prostituta. Dado esto, se identifican unos poderes basados en una cultura patriarcal, en donde el dinero y la sexualidad se encuentran ligados y pactan un intercambio comercial.

En este sentido, se puede concluir que en la vida de la prostituta hay dos ejes transversales: por un lado su familia y por el otro su clientela sexual, mundos que se separan radicalmente, y más aún, que no deben inmiscuirse. Pero si bien se trata de separar esos mundos, ellos nunca se encuentran aislados uno del otro. En últimas, es necesario resaltar la importancia de resignificar la imagen y el concepto de la mujer prostituta.

6. Referencias bibliográficas

- Callejas, Leonor (1990). *Más malas son las buenas: etnografía en el sector bajo de la prostitución*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Carballeda, Alfredo (2002). *La intervención en lo social: Crisis, nuevos escenarios e intervención en lo social*. Buenos Aires: Paidós.
- Consejo Nacional de Trabajo Social (2002). Código de Ética del Trabajo Social. *Diario Oficial*. Edición 44957, Bogotá.
- Contecha, Luis (2004). "La experiencia como método para la construcción histórica". Conferencia dictada en el marco de la celebración de los 50 años de la Universidad Pedagógica Nacional. Revista Digital, Buenos Aires, Año 10, N.º 87, agosto de 2005, pp. 1-5.
- Coria, Clara (1988). *El sexo oculto del dinero: formas de la dependencia femenina*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano. Colección Controversia.
- Freire, Michael. (2008). Historia de las redes sociales. En <http://michfer.wordpress.com/2008/08/07/redes-sociales-definicion/> Consultado: 15 de Marzo de 2011.

- González y Hernández. (2003). Paradigmas emergentes y métodos de investigación en el campo de la orientación. En <http://www.geocities.com/seminarioytrabajodegrado/Zulay2.html> Consultado: 15 marzo de 2011
- Guevara, Nora Liliana y Rodríguez, Lina Marcela (2010). *Una cosa es vivirlo y otra cosa es contarlo. Construcción de sentido y significado social de adultos/as mayores víctimas de desplazamiento forzado en Cali*. Universidad del Valle. Facultad de Humanidades. Escuela de Trabajo Social y Desarrollo Humano.
- Marc, Edmond (1992). *La interacción social. Cultura, instituciones y comunicación*. Barcelona: Paidós.
- Martínez, Aída y Rodríguez, Pablo (2002). *Placeres, dinero y pecado: historia de la prostitución en Colombia*. Bogotá: Aguilar.
- Obregón, Diana (2002). Médicos, prostitución y enfermedades venéreas en Colombia (1886-1951), en: *Historia, Ciencias, Saúde - Manguinhos*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Vol. 9, pp. 161-186.
- Pinillos, José Luis (1982). Los prejuicios y la sociedad contemporánea, en: *Cuenta y razón*, N.º 5, pp. 15-26.
- Ríos, Juan A. (1988). *¿Clandestino e ilustrado?: de la Ilustración al Romanticismo*. III Encuentro: Ideas y movimientos clandestinos, Cádiz: Universidad de Cádiz.
- Salas, María Cecilia y Gallo, Héctor (2001). *El mito de la voluptuosidad en la prostitución femenina*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia. Facultad de Ciencias Sociales y Humanas. Departamento de Psicología.
- Sepúlveda, Saturno (1970). *La prostitución en Colombia. Una quiebra de las estructuras sociales*. Santa Fe de Bogotá: Banco de la República.
- Sevilla, Elías (2003). *El espejo roto*. Cali: Programa Editorial Universidad del Valle. Ciencias Sociales.
- Suárez, J. Carlos (2007). Estereotipos de la mujer en la comunicación [Versión digital]. Disponible en: <http://www.nodo50.org/mujeresred/IMG/pdf/estereotipos.pdf>. Consultado: 27 de enero de 2012.
- Taciturno* [Jorge] (2008). Teoría del poder: diferencias y similitudes en los conceptos de Parsons, Hobbes y Foucault. Revista virtual *Taciturno*. Disponible en <http://www.taciturno.be/spip.php?article81>. Consultado: 5 de mayo de 2011.
- Tenorio, María Cristina (2002). *Las mujeres no nacen, se hacen. Modelos culturales de mujer entre adolescentes de sectores populares*. Guía para profesionales. Grupo de Investigaciones Prácticas Culturales y Desarrollo Humano. Universidad del Valle. Escuela de Psicología.